



# El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

## Los deberes de la paternidad

Ante la corrupción de la Juventud

Muchas veces nos hemos preguntado:

«Pero ¿es posible que ante la realidad de tan grande mal social, no sientan los católicos el recio aldabonazo del remordimiento que todos los días y a todas horas está llamando con estrépito a las conciencias de los hombres honrados para una inmediata, seria y enérgica actuación colectiva?»

«Pero ¿es posible que ante el ambiente de inmundicia que, en todo momento y en todas partes, vemos, vivimos y palpamos, no sientan los hombres que aun se crean «hombres» la fuerza innata del ímpetu de conservación que los arrastra a la unión para la defensa del individuo que en nosotros se asfixia, de la familia que en nosotros se prostituye, de la raza que en nosotros se extingue corrompida?»

«Pero ¿es posible que ante los gravísimos problemas que en orden a la enseñanza se están planteando continuamente en la escuela y en la cátedra, sigan los ciudadanos dignos, en la inacción, y se desentendán de cuanto se refiere a la educación del corazón y a la educación de la inteligencia de sus hijos, los dos más divinos, los dos más augustos magisterios de la paternidad?»

No sólo se peca por acción, sino por omisión. No sólo se mata matando; también se mata dejando matar.

¿Y cómo juzgaríamos al padre que contemplara impávido al asesino que hundía el puñal en el corazón de su hijo? La ley le llamaría parricida. Nosotros le llamaríamos monstruo de la naturaleza.

Pues bien: no sólo se mata a los cuerpos para el mundo; también se mata a las almas para Dios.

Y tan parricida y monstruo sería aquél como lo son tantos otros padres que permanecen con los brazos cruzados mientras legiones de asesinos van hundiendo los puñales de la sensualidad, de la duda, de la incredulidad en el alma de sus hijos, abandonados y desamparados en medio de una sociedad que ha sustituido el culto de Dios por el culto de todos los placeres y de todas las negaciones.

Y sin embargo, es preciso decir que los católicos vivimos demasiado exclusivamente apegados a nuestra vida interior. Quizá sea más exacto afirmar que tenemos una conciencia errónea sobre lo que debe ser nuestra vida interior.

No pensamos que nuestra religión es una religión de Aquel que se dió al mundo por amor. No pensamos que nuestra religión es religión de «pescadores de hombres». No pensamos que nuestra religión es una religión eminentemente social, en que la caridad y la fraternidad son dogmas fundamentales. No pensamos que cuando Jesús nos dió la sublime lección de la Montaña, no nos enseño a decir «Padre mío», sino «Padre nuestro»; ni «venga a mí», sino «venga a nosotros tu reino»; ni «dame el pan mío», sino «dadnos el pan nuestro de cada día».

Y es que la religión católica es tan religión de sacrificio, tan religión de darse todo a todos, que por no haber en ella egoísmos, no cabe ni siquiera el egoísmo de la propia salvación.

¿Recordáis la terrible página evangélica?

«Y al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda»:

«Apartaos de mí malditos porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis.»

«Y los malditos replicarán»:

«¿Cuándo te vimos hambriento o sediento o peregrino o desnudo o enfermo o encarcelado y dejamos de asistirte?»

«Y El les responderá»:

«En verdad os digo que siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos mis pequeños, dejasteis de hacerlo conmigo.»

Y si esto dice Jesucristo de los pecados de omisión para con todos los hombres ¿qué no dirá de los pecados de omisión para con nuestros propios hijos?

Recordamos que las obras sin la fe nada valen; pero no recordamos tanto que nada vale, tampoco, la fe sin las obras.

Y de cara al templo donde oramos, damos quizá demasiado la espalda a la sociedad en que hemos de vivir; y no pensamos que mientras arden ante el altar los cirios de nuestra piedad individual, a un metro no más de la puerta de nuestra iglesia se levanta ya la hoguera de los siete pecados capitales en que se consume el mundo, sin que haya fuentes de caridad que la apaguen y la salven.

¿Cómo pueden, pues, sorprendernos los gestos de espanto de las gentes buenas, al ponerlas frente a frente con los horrores de la realidad social?

«¿Que hacer de nuestros hijos!, exclaman. Y los padres, asustados, los aprietan contra su corazón y no ven otro remedio que cerrar con siete llaves las puertas y hacer las ventanas del hogar...»

Pero ¡ay! que esto solo pueden hacerlo los ricos. Y los hijos de los pobres, los hijos del modesto empleado y del humilde obrero que tienen a sus padres todo el día en la oficina o en la fábrica, y a quienes no da el jornal para subvenir a pensiones de colegios, ¿también son hijos de Dios? Pero ¡ay! que no es en los invernales donde se crían las encinas que han de vivir en la cumbre del monte, ateridas por el frío, bajo la capa de nieve de la duda y de la incredulidad, y azotadas por el huracán de todas las pasiones desatadas...

El remedio no está en el aislamiento, ni está en la huida de una sociedad en la que a la postre hemos, por necesidad de vivir,

El remedio está en operar sobre ella, en purificarla, en cristianizarla, en redimirla.

Y en esta acción de apostolado, que la cobardía de los tiempos ha elevado a la categoría del heroísmo, de nadie como de los padres de familia es el primer deber y a nadie como a ellos corresponde el honor de la vanguardia.

Porque, un día, es el instinto que se despierta en los pedazos desprendidos de nuestro corazón, y una voz, hasta entonces por ellos desconocida, llama misteriosa a las puertas del suyo, anuciándonos a hora crítica y quizás decisiva de la pubertad. Y esa naturaleza que le dimos y que es nuestra, no puede, no debe ser

para ellos ladrón que les sorprenda en las oscuridades y en las soledades de la ignorancia. Y el interrogante surge en los labios y en la mirada de nuestros hijos, suspirante de los más delicados cariños e inquietada por las crueldades de la duda. Y al corazón de un hijo sólo el corazón de un padre tiene dulzuras y exultaciones bastantes para contestar. Es el magisterio más íntimo del vivir, en que no caben ya mentiras que serían criminales, ni delegaciones que serían cobardes. Es preciso educar. Es preciso saber educar. Es preciso aprender a educar.

Porque otro día es la realidad de la vida misma la que nos dice que en vano haremos de nuestro hogar un jardín de santidad y cultivaremos en él el lirio de la pureza de nuestros hijos si hasta las puertas de nuestras casas llegan procaces las olas de la gran charca del sensualismo con sus miasmas de muerte. Y la labor de higiene social que representa el saneamiento de tanto pantano cenagoso, no es cosa de media docena de hombres de buena voluntad. Es empresa de colectividades reclutadas para las legiones del bien.

Porque otro día no es ya el corazón, es el alma, es la inteligencia de nuestros hijos la que se nos pretende arrebatar por la organización docente del Estado para formarla y educarla a su antojo, cual si ellos no fueran nuestros; sino un número más de «granja Inclusa nacional». Y ahora es el maestro que descuida u olvida la obligada enseñanza de la doctrina de Cristo; y después, es el atrevido pedante que detiene al párroco en la puerta de la escuela, cual si no hubiera allí misión alguna que le incumbiese; y luego es la profesora leridana, que entrega a las alumnas lecturas de que los propios diputados se avergüenzan; y más tarde es el catedrático que enseña una psicología donde el espíritu no aparece; y el que explica una ética donde el bien es la utilidad, y el budismo y el cristianismo se confunden, y los deberes para con Dios se desprecian; y el que dice lecciones de una historia en que la creación no existe y en que para toda mediocridad regalista con corona hay un elogio, y para toda cristiana gloria coronada hay una calumnia; y el que exclama, burlón, que después de treinta años de buscar con el bisturí en los cuerpos, todavía no ha podido encontrar un alma... Y esos hijos no son de ellos. Son nuestros. Nos pertenecen por la generación material a nosotros. Pertenecen por la generación bautismal a la Iglesia. Y no hay ninguna soberanía política que pueda, sin ser tirana, lavar este campo sagrado de la soberanía social.

¿Creen los padres de familia que no merecen estos problemas una seria atención y la unión de todos para la defensa de esos derechos, que tienen tanto de tales como de deberes?

Ellos nos contestarán con sus obras.

Pero la gran lección nos la dará el tiempo, que es el gran ejecutor de las divinas justicias. O vamos a la reforma de la sociedad, o caminamos hacia su muerte.

Desaparecidos, por una degeneración evidente de la raza, los grandes

## De Sociedad

LOS QUE VIAJAN

Ha regresado de Madrid el acaudalado comerciante don Julio Alvarez.

—A Madrid ha marchado el Coronel de Ingenieros de la Armada don Enrique de La Cueva y su bella hija Lolita.

—Después de pasar [una temporada con sus tíos el Teniente Coronel de Infantería don Cándido Mir y su distinguida esposa doña Concepción Cañillo ha regresado a Melilla la bella señorita María Luisa Cerrochano.

—A Valencia ha marchado el Comandante de Infantería, ayudante del General Excmo. Señor Don Germán Ol Yuste, don Fernando Gómez del Palacio.

—Con motivo de despedir al Gobernador Civil que marcha mañana a Sevilla ha ido hoy a Murcia el alcalde accidental señor Mediavilla y los concejales señores Pascual de Riquelme, Pérez Ahijón y García Manchón.

NOTAS VARIAS

Le ha sido concedida la gran cruz de San Hermenegildo al general de brigada, segundo jefe de este Gobierno Militar, Excmo. Señor Don Ramón Varela Jáuregui.

ENFERMOS

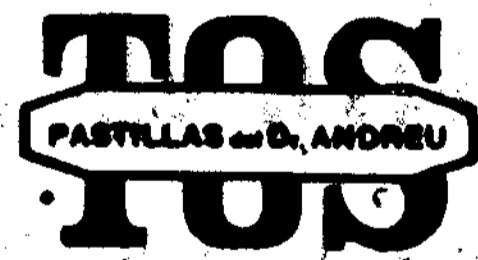
Está restablecida de su enfermedad doña Adelfina Salmerón de Mirquez.

LETRAS DE LUTO

Esta tarde y seguido de un numeroso como distinguido acompañamiento se ha verificado el entierro del que en vida fué respetable señor don Eduardo Cañavate Ros, querido amigo nuestro.

El finado gozó de general estimación en esta ciudad por la talabridad de su trato y la bondad de su corazón.

A su desconsolada viuda, hijos entre ellos nuestro querido amigo don Francisco, demás familia enviamos la expresión de nuestro más sentido pésame por la pérdida que hoy lloran.



caracteres; faltos de ciencia de la educación de los padres; lavados el mundo por la más espantosa inmoralidad; sin el ideal religioso que pone dique a las concupiscencias y freno a los instintos, el dilema no puede ser más terrible: o encerramos en nuestras casas, como en una cárcel, a nuestros hijos para crear una generación de neurasténicos, o los abandonamos al mundo para crear una generación de alifanfarrósos asesinos.

La frase es dura, pero dice la verdad.

Por una u otra razón por creer unos que todo en la vida es pecado y por creer otros que nada en la vida lo es, estamos entregando [los hijos] a las actuales generaciones, al monstruo lacerante de la deformación espiritual y de la degeneración moral. Y los hogares hace ya años que están convirtiéndose en prolongaciones de clínicas o antenas de minicomos.

¿Pasará el tiempo sin que se constituya la Asociación de padres de familia?

L. L. L.

## DE PROCESIONES

Actividad extraordinaria se nota en los cofrades «morados» y «encarnados». La fecha de sus procesiones se acerca a pasos agigantados y ellos no descansan un momento en la preparación de todo lo que con ellos se refiere.

Han sido contratadas las bandas militares de esta guarnición, orquestas y otras bandas de música de la región que como es costumbre han de llegar a Cartagena en la tarde del Miércoles Santo.

Los jóvenes granaderos de los cafornios que pasado mañana recorrerán las calles, limpian sus uniformes con gran entusiasmo para ver cual irá más chic.

Les acompañará una charanga también uniformada.

En el Asilo de San Miguel se dan los últimos toques al bordado de la hermosa y rica túnica que lucirá Nuestro Padre Jesús en el paso del «Oscuro».

Nos dicen que la obra que en referido Asilo se está haciendo es una maravilla, poniéndose de manifiesto que sin salir de Cartagena, se pueden adquirir cosas que pueden competir con las que se hacen en otras poblaciones y de donde hasta hace poco nos servimos.

También el trono de «La Piedad» se está haciendo en Cartagena, en la casa de don Aladino Ferrer, por artistas cartageneros y las noticias que tenemos es de que el referido trono es una verdadera obra de arte.

En el Arsenal, el entusiasta cofrade don Francisco Serra, con obreros especializados, lleva con gran rapidez el arreglo y adorno del trono de «San Pedro», que figura en la procesión del Miércoles Santo.

El traslado de este trono, de no haber variación, se hará en la noche del Martes Santo y recorriendo igual carrera que el pasado año, o sea, calle Real, Plaza Castellón, Puerta de Murcia, Plaza de San Sebastián, calles del Ahí, San Miguel al templo de Santa María de Gracia.

Tendrá este año este traslado una innovación y es que se hará procesionalmente, con tercio de granaderos y soldados Romanos, penitentes con túnica, portapasos con igual indumentaria y Hermanos con cruz y túnica.

También concurrirá una comisión de la maestranza con achones y una sección de Infantería de Marina con la banda de música de dicho cuerpo.

Los marrajes, también parece que quieren darle en el año presente gran solemnidad a los traslados de sus tronos en la noche del Miércoles Santo desde su almacén al templo de Santo Domingo.

En definitiva no tienen nada acordado, pero estaremos sobre aviso, para enterar a nuestros lectores.

La procesión del «Silencio» también promete ser solemnisima, para la que está poniendo los mayores entusiasmos los cofrades encarnados.

En una palabra que se nos presenta una Semana Santa, en extremo solemne y solo falta que la temperatura ideal, sea realidad para el mayor lucimiento de todos.

OTSM